

# **AMORES PERDIDOS**

**MIGUEL OSCAR MENASSA**

© Editorial Grupo Cero  
© Miguel Oscar Menassa  
ISBN: 84-85498-41-0  
Depósito Legal: M-1997-1995  
Impreso en España

## ÍNDICE

### **AMORES PERDIDOS**

Amores perdidos

#### **AMOR PERDIDO. MI MADRE**

I

II

III

#### **AMOR PERDIDO. LOS INDIOS**

I

II

III

IV

V

VI

#### **AMOR PERDIDO. BUENOS AIRES**

I

II

III

IV

V

VI

VII

#### **AMOR PERDIDO. LA JUVENTUD**

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

#### **AMOR PERDIDO. MI HIJO PABLO**

I

II

III

IV

#### **AÚN, PUEDO DECIR AMOR**

**Poema Bodas. 15 de julio de 1994-15 de julio de 1969**

# **AMORES PERDIDOS**

## AMORES PERDIDOS

Cuántas veces quise morir con tanto amor perdido,  
con tantos trozos arrancados de mi propia carne.  
Después no pude casi nada, mucho menos morir,  
era hombre duro, por los golpes y tuve que vivir.

Cuando murió mi padre yo estaba en las montañas.  
El, antes de morir, me escribió una pequeña carta:  
-Usted debe quedarse donde está, haciendo lo que hace,  
no abandone ni amores, ni trabajo, para verme morir.

Lentamente bajé de la montaña y me di cuenta  
que, yo mismo, siguiendo el camino de mi padre,  
era el pobre extranjero que vivía lejos de su familia,  
sin poder remediarlo, ni aún, ante la muerte.

Y me quedé, donde había llegado, sin moverme  
y tuve ansias que la mano negra del destino,  
se partiera en mi rostro, segara mi existencia,  
pero no fue posible para mí, sino seguir viviendo.

Cuando murió mi madre ya no había montañas  
y yo mismo, estaba al borde mismo de la muerte.  
Haciendo infinitos esfuerzos para salvar mi vida  
no pude darme cuenta: amada madre había muerto.

Hoy día, todavía, no puedo recordarla sino viva  
y cuando pasan meses sin recibir, de ella, nada,  
ni siquiera una carta, delicada, para decirme:  
pequeño mío, hermoso, tanto te quiero, hijo.

Y cuando ni siquiera se me aparece en sueños  
y nadie me habla de ella, no la concibo muerta,  
pienso que está muy enojada por mis locuras,  
por mi manera de vivir, tan lejos de su amor.

Sueño que un día, al levantarme, por la mañana  
estamos todos juntos sentados alrededor del fuego,  
conversando con grandes jefes indios, del futuro.  
Bajo el cielo, Caupolicán, mi madre y yo pequeño.

Indios que fueron lo perdido primero,  
herencia cultural arrancada del alma,  
cuando pusieron en mis hambrientos labios  
el verbo amar, morir, en lengua castellana.

Ni Buenos Aires me quedaría para amar.  
La historia americana se metió en mi cabeza  
y ardiente y en voz baja me lo dijo todo:  
Nadie te matará, poeta, te tocará el exilio.

Y para no morir, aún, abandoné mi patria  
y fue brutal la travesía transoceánica,  
desde el jardín de las delicias en América  
a la reseca y árida meseta castellana.

Ya estaba claro cuánto había perdido,  
en apariencia sólo quedaba mi juventud,  
mis hijos, mi fuerza de trabajo intacta,  
mis pobres versos al viento de la tarde.

Mas lo que había en mí era la nada, nada,  
violencia de dejarme explotar por la comida  
y cuando conseguía levantar la cabeza,  
alguien, con terquedad, me la golpeaba.

Mirando toros bravos en las corridas  
y esos toreros diestros hasta el hartazgo,  
me hice experto en verónicas y, por fin,  
conseguí romper del todo mi mala racha.

Un puesto en el mercado de las palabras  
me permitió ir ganando algunos cuartos.  
Con algo en mis bolsillos, abandoné Madrid  
y fui a dar con mis huesos en Arganda.

Escribiendo y trabajando duro, todo el día,  
conseguí que se abrieran para mi vida  
una casa con jardín a la calle, un coche  
y colegios decentes para todos mis hijos.

Y así fuimos muy felices después de tanto,  
después de tantos años de trabajos forzados,  
después de tantas lágrimas y tantos resquemores,  
en espléndidos días del verano conocimos el mar.

Mas la felicidad, la dicha, no duró casi nada,  
al poco tiempo de volver de nuestro veraneo,  
en plena calle, en una noche aciaga y traicionera  
en Arganda del Rey, asesinaron a mi hijo Pablo.

Y ya no hubo ni sueños, ni montañas,  
ni dolor suficiente, ni siquiera palabras,  
ni los grandes jefes indios bajo el cielo,  
ni gargantas de odio, ni manos de venganza.  
Sólo estos versos sueltos, esta nada de nada.

**AMOR PERDIDO  
MI MADRE**

I

Cuando los robustos colores de mi insurgencia,  
toquen, por fin, tu corazón, ya será tarde,  
tu corazón será de piedra.

Cuando abramos, silenciosamente, la mañana,  
encontraremos envuelta en ella,  
los suspiros nocturnos de cien mil muertos,  
recordando tu nombre:  
madre desde que estás lejos,  
no vienes por las noches a besar mi frente enamorada.  
"El cielo está cerca, hijo mío, la voluntad de Dios,  
se hace agua en mis labios de fresa y colombina,  
asustada por el disfraz de pierrot sangrante"

No te preocupes madre, si no triunfo,  
te prometo caer derrotado de manera grandiosa.  
Será un coloso tu hijo,  
cayendo de los espejismos de la gloria.  
Me vestiré de sedas y topacios,  
para que al verme caer, pienses en los ángeles.

Encuentro, definitivo, con la muerte, alguien dirá  
y yo que nada sabe, escribirá un poema.  
Verás qué ritmo madre, el ritmo de tu muerte.

Porque vos fuiste la que quiso que yo fuera poeta.  
Amabas los trigales, recuerdas,  
recuerdas por las noches tus canciones de amor.  
Yo era tu príncipe valiente y, también,  
era tu príncipe cobarde. Yo era tu príncipe.

Te escribía poemas y te llevaba flores en mis manos,  
después ninguna mujer quiso que yo pudiera tanto.  
Furibundo, mezquino, alucinado,  
hundo mis manos en el vientre sagrado de la tierra,  
para encontrarme con algún pedazo de tu cuerpo,  
algo que me devuelva la razón de ser para vivir  
y me rompo contra piedras bañadas en oro cálcico.

Vociferadores y sangrientos dioses de la nada,  
tejen, silenciosamente, sobre mis esperanzas,  
los pequeños días, que esperan entre sombras,  
verme dejar tu amado cuerpo por nuestro canto.

## II

Una mezcla de servidumbre y libertad,  
ambas inconcebibles, me acompañan.  
Como un hueco vacío en plena soledad.  
Como un silencioso toque de queda a muerte.  
Como un viejo silbido proveniente del mar.

Extrañé, dulcemente, tus carnes todo el tiempo.  
Soñé, me até a los brazos de la muerte y tu cuerpo,  
no dejaba de llamarme la atención con su frialdad,  
espesa venganza de las tierras heladas por el odio.

Pensé en la muerte nuestra compañera inalterable,  
separé todo lo que se puede separar del cuerpo y,  
a pura alma a corazón batiente, aferrado a la vida,  
palabra a palabra, fui construyendo este espejismo.

Por fin he comprendido: soy un poeta afortunado.

III

Hoy me siento espectacular,  
muy cerca de tu muerte,  
hice brillar una pequeña piedra,  
cual si fuera un tesoro completo.

Hoy quisiera poder un paroxismo inexistente,  
secar la última lágrima, del último hombre.

**AMOR PERDIDO  
LOS INDIOS**

I

Escribir un soneto para un indio es cosa fácil.  
Pongo aquí una injusticia, aquí pongo una burla.  
Pongo las tumbas violadas de mis antepasados  
y para terminar esta cuarteta, una niña vejada.

Un soneto no es cosa complicada para un indio,  
puntuando, tengo la humillación de cinco siglos,  
en la mitad, precisa, del quehacer estos versos.  
Y ahora para hacer el espacio dejo caer el oro.

Y así empieza el final de estos comienzos,  
por eso pongo aquí el peso duro de la carne,  
nuestros muertos al defender tierra arrebatada.

El cuerpo de la fertilidad de nuestra tierra.  
El humus encantado que hace vivir al indio,  
esa flor siempre-viva, clavada en las Américas.

II

Esta vez soy el indio que no hará la guerra.  
Esta vez soy el indio que no someterán.  
Esta vez soy el indio que habla las palabras.  
Esta vez soy el indio que se libera en versos.

No véis que ya no quedan puñales en mis ojos,  
ni lanzas a caballo corriendo hacia la muerte.  
No véis que Cristo ha caído de los Andes,  
que ya no quedan, en mis ojos, plegarias.

Esta vez soy el indio que viene del futuro.  
No tengo tesoros que guardar, ni templos,  
ni mujeres enamoradas, ni tierras fértiles.

No haré la guerra ni el amor, ni escaparé, cobarde.  
Provengo de sumergidas Atlántidas del verbo.  
Soy el indio poeta, esa civilización imposible.

III

Y soy americano y soy de América.  
Mi voz es una voz americana.  
Mis lujurias mis locas ambiciones de volar,  
son americanas y Madrid, mi querida,  
mis pequeños huérfanos parisinos,  
no es Europa ni lo será en mil años.  
Madrid es trozo central,  
del gran diamante americano.  
La lengua que genera un don que la supera.  
La increíble madre que se quedó sin dueño  
y se deja llevar tranquilamente por sus hijos.  
El tiempo no es el ser,  
pero el ser no puede ser fuera del tiempo  
y tiempo es una lengua, una escritura.

Yo soy, de piedra, el indio americano,  
que no mató España en la conquista.  
Vengo de un cielo, cálido, sin dioses.

De una llanura fértil, casi sin límites.  
Soy el sangrante y hablador guaraní,  
la pura lágrima, límpida del maya,  
el surco abierto, con firmeza, por el inca,  
la tristeza, infinita, de lo que no muere.

Soy el árbol, la fruta, el oro, la pérfida esmeralda.  
Plata descuartizada, sangriento cobre ametrallado.  
Montañas y mujeres saqueadas en nombre de Dios.

Soy de América el verbo, la pluma diferente,  
indígena y galáctico, histórico y superfluo,  
granítica presencia, hiel de los tiempos.

## **IV**

Aplastado por el hambre crecí profundo,  
llegué a tocar, en el centro de la tierra,  
en el borde, exacto, de la vida plena,  
el fuego máximo, los calores extremos.

Fui expulsado del centro mismo de la tierra,  
por ambiciones de mineros y comerciantes.  
Las aguas me llevaron hasta donde el océano,  
se repliega, sobre sí mismo, para ser el amor.

En esa negra profundidad turbulenta,  
donde no había, una cúspide posible,  
de la perfecta roca surgió mi cuerpo.

Pescadores y gobernantes me expulsaron del mar.  
Y, aún, fuego volcánico, tierra, agua desesperada,  
vuelo, ahora, perfilándome viento, letra futura.

## V

Hoy quiero hablar de la soberbia del indio americano.  
Lágrima que para pedir piedad no ha sido derramada.  
Hoy quisiera ser yo que, al escribir, llore ese pedido,  
cuando los salvajes recuerdos de mi vida me detienen.

Cualquiera de los jefes diría, sabiamente,  
que si hay una lágrima todavía escondida,  
una lágrima guardada durante cinco siglos,  
pequeña lágrima que, todavía, es nuestra.

Si esa lágrima existe, debe quedarse donde está,  
allí, guardada, escondida, esperando el momento,  
esperando los truenos, la expansión de la selva.

Esa perla del alma, esa lágrima nuestra,  
debe esperar del alba, antes de derramarse,  
los gritos enloquecidos de Dios arrepentido.

## VI

Este verso es la mano derecha de Tupacamarú.  
Este verso es la mano izquierda de Tupacamarú.  
Este verso es la pierna derecha de Tupacamarú.  
Este verso es la pierna izquierda de Tupacamarú.

Este verso es el caballo atado a la mano derecha de Tupacamarú.  
Este verso es el caballo atado a la mano izquierda de Tupacamarú.  
Este verso es el caballo atado a la pierna derecha de Tupacamarú.  
Este verso es el caballo atado a la pierna izquierda de Tupacamarú.

Este verso es el látigo que espantó los caballos de la derecha.  
Este verso es el látigo que espantó los caballos de la izquierda.  
Este verso es nada de nada, es el grito que desgarró la tierra.

Este verso es el tiempo de los cuatro caballos reventados.  
Este verso es el cuerpo despedazado de Tupacamarú.  
Este verso es, por fin, el último verso y está muerto.

**AMOR PERDIDO  
BUENOS AIRES**

I

Me arrastré por las calles del centro, olfateando,  
sobre el tibio asfalto del otoño, mis viejos pasos.  
Algunas huellas primitivas de mi pasada juventud,  
algunas gotas de sangre perdidas para siempre.

Una mujer o dos se dieron cuenta que algo me pasaba  
y me dijeron secamente, la muerte está sólo en tus ojos.  
Aquí, el sol nos ilumina y la brisa otoñal llama al amor.  
Hay niños entre nosotros, crecen sin muerte, sin pasado.

Hay jóvenes en nosotros que no quieren olvidar ni vengarse.  
Hay poetas que no dejaron de cantar poesía un sólo instante  
y hay mujeres dispuestas a vivir para que haya una Patria.

Deja, hombre, de morir, con lo que ya murió,  
sal de la tumba, siempre abierta, del pasado,  
anímate a nuestras voces, plenas de porvenir.

## II

Estoy perdido entre nubes de olvidos, tangos,  
una multitud abriendo a puñetazos, un futuro.  
Hombres desesperados de amor, mujeres al viento,  
hombres, mujeres, flameando banderas de impiedad.

La voz del pueblo levantándose sobre todo delirio.  
La voz del pueblo gritándose a sí misma, ser voz.  
Un pueblo entero quebrado por un grito: no va más,  
ya nunca más volveremos a implorar de rodillas.

Y haremos una canción con nuestro cuerpo,  
para que la canción dure una eternidad  
y en la canción, flotando, nuestro cuerpo.

Y pondremos en la canción, fuerte, todo el recuerdo,  
la memoria infinita, de juventud, de nuestros pasos,  
para que la canción llegue, en el aire, hasta nosotros.

III

Una voz, terca, por la radio lo dijo claramente.  
Hoy si quieres ver lo nunca visto, sal a la calle.  
Si quieres oír lo que, todavía, no fue, sal a la calle.  
Sin rencores, sin armas, a defender lo que no existe.

Si quieres ver un pueblo que ya ni los filósofos esperan,  
si quieres ver la humanidad en cataratas desplegada, ver,  
como blanca paloma y negro buitre se unen en un grito,  
contra fuego pasado que amenaza con destruir el bosque.

Si quieres ver, oír, temblar la voz de un pueblo,  
sal a la calle mar, únete a esos ruidos imposibles.  
Amor, justicia, pan para todos, hermosa libertad.

Sal a la calle y no dejes de gritar con los gritos.  
Sal a la calle, extiende tus manos en la multitud.  
Hoy habrá sido un pueblo viviendo una canción.

## **IV**

Estuve en Buenos Aires cuando un viento helado del pasado,  
rozó por un instante a la mirada del mundo nuestro futuro,  
cuando por poco pasa, lo que por no pasar fue todo goce,  
ahí, en ese tiempo de la historia, estuve en Buenos Aires.

Que la justicia sea igual para todos, sólo eso pedían.  
Altaneros, sabiendo que la vida, aún, es el futuro.  
Un domingo de Pascuas, como si fuera Poca fiesta,  
resucitó, alegre, así debo decirlo, todo un pueblo.

Una vez sacudida la nostalgia, el miedo, todo lo pasado,  
salieron a la calle despiertos, cientos, miles, millones  
y se juntaron como bandadas de palomas abiertas de paz.

Y todos juntos cantaban a los gritos sus deseos.  
Nadie pedía pan, nadie pedía libertad para nadie.  
La justicia sea igual para todos, sólo eso pedían.

## V

Hoy, encuentro en mi nuevo destino,  
lo que ya otros hombres encontraron.  
Grandes pasadizos, negruras y luces.

Confieso estar viviendo en plenitud,  
cuando entrechoco aromas y vertientes  
y, sin embargo, lo sé, para comenzar,  
debo arrancar de cuajo todas las raíces  
y no puedo, albergo en mi ser temores,  
de soledad, de pequeños amores, falsos.

Vuelo, empecinadamente, por grandes cielos.  
Repto, empecinadamente, por las alcantarillas.  
Alcanzo de mi saber lo más puro y no basta.

Amo, claramente, mi ser entre montañas,  
atesorado de máscaras y últimos misterios,  
me decreto: soldado de lo que no se nota.

## **VI**

Viajar, hablar, deseos fuertes de la infancia,  
rubicunda voz, en el propio centro de las células,  
fiera descarrilada, definitivamente, me humanizo.

Cuando desconfío, rastreo mi propio rastro.  
Hay un animal en mí, que vuelve siempre.  
Una voz que de noche nunca se detiene,  
me lleva de la mano contra las montañas,  
contra los, pequeños, búhos del terror.

Busco una palabra plena para el corazón de la bestia feroz.  
Ajada cruz, sobre los hombros del que no se anima a vivir.

Rompo contra mi propio cuerpo el ábaco, dejo de contar.  
Me sumerjo en una ansia frenética por vivir, amar, hablar,  
seguir, aunque nadie lo quiera, descarrilando mi destino.

## **VII**

Tengo destinos y tengo soledades,  
el tiempo, las caricias de la noche,  
el habla, la sonrisa de los tiempos,  
el silencio de la noche, los sueños,  
melancólica serenata a los muertos.

A mi padre, enloquecido de amor solitario,  
sin nada grande que dejar, a nadie grande,  
porque todo lo grande estaba en su niñez.

A las orquestas serenas de la tarde,  
ese bandoneón tocado solo por mí,  
al mediodía, bajo el sol de Pompeya,  
arrabalero compás, tango inolvidable.

Por eso siempre pienso en volver y,  
la lejanía, es cada vez, más lejanía.  
Nadie vuelve de su propia vuelta,  
nadie retorna de su propio retorno,  
nadie muere, exactamente, en vano.

Mañana volveré y eso no ocurrió nunca.

Dejamos de llegar y eso fue para siempre.

**AMOR PERDIDO  
LA JUVENTUD**

I

Al ir viviendo y sólo por vivir  
lo fui creyendo casi todo  
y así viví el amor, como si fuera eterno  
y así juré, por la amistad, en falso.

Después vinieron las noches de la soledad,  
donde amistad y amores caían sin cesar,  
hasta llegar al fondo de abismos imposibles,  
hasta quedar fundidos en nubes del pasado.

Y nadie nunca más recordaría el tiempo,  
donde con mi propia pasión enamorada,  
de la muerte rescataba amores y amistades.

Y ahora estoy, a solas, con mis versos  
y vivo, intensamente, la lujuria del verbo,  
como si conmigo vivieran amores, amistades.

## II

Cuando todos esperaban mi desaparición, desaparecía.  
Era el perfecto encanto de la poesía a todo confort.  
Un buitre almacenando su propia carroña.  
Una tristeza empedernida por el logro de ser .

A cielo abierto tocaba nota desesperada:  
amo y soy amado.  
Terca serpiente amada atada a mi garganta,  
hoy te lloro, te hago pedazos en mis ojos,  
tengo conmigo, esa crueldad ambicionada.

Después fuimos ese delirio abierto  
donde cabía, perfectamente, el olvido.  
Y ahora te espero, vertiente de luz,  
embrujo de la niebla, noche de día,  
escondido para siempre en tus ojos,  
abiertos a la soledad de mirar .

Salmos desesperados, perdidos,  
entonados casi sin ninguna fe,  
para la pequeña diosa sin habla.

III

Nace de mí una fuerza incontenible,  
y te llevo, conmigo, en esa fuerza,  
sin saber dónde voy, mas voy contigo  
y eso, aunque nada sabe, tranquiliza.

Después, seguramente, al separarnos  
preguntaremos a cualquier ciudadano  
en qué lugar del mundo hemos caído,  
adónde hemos llegado llenos de amor.

Y no han de responder ni las estrellas,  
ninguna palabra llegará hasta nosotros,  
nadie nos dirá que estamos en el mundo.

Y, sin embargo, ciegos y sordos, solos,  
ignorando el punto de llegada, pobres,  
nos sentiremos libres, letras muertas.

#### IV

Nunca te dejes llevar por torpes sentimientos.  
No ames, demasiado, el puro amor del alba  
ni bebas, demasiado, del néctar de los labios  
ni mires, demasiada, televisión por las noches  
ni vayas a la guerra ni mates por la espalda.

No te dejes coger por la miseria de los ricos  
ni por las ambiciones malignas de los pobres.  
Tú tranquilo, hombre, que no pasa nada.  
No te dejes engañar por el amor de una mujer  
y mucho menos por el amor de un hombre.

Lo mejor de todo es no servirle a nadie y  
trabajar duro, por las dudas nadie te sirva a ti.  
Y después si todo lo bueno no te alcanza  
escribe versos de costado, sin caer en el abismo,  
sin derramarte en lágrimas, sin morir en el final,  
sin abrirte, sin llamar la atención, un verso sólo,  
fuerte, que desgarré las fibras de las letras,  
pero que a ti te pase por encima, más allá de tu carne.

Después, descansa, toca la lira y canta en extranjero,  
así, cuando ya nadie, nadie, pueda comprenderte,  
serás, enteramente, libre, abierto a la vejez.

**V**

Salta, corre brincando hacia el amor y déjate caer,  
sin respirar siquiera, sin pensar en el tiempo; sin fe.

Caído, agítate con dulzura extrema, aúlla.  
Deja que el tiempo se persigne avergonzado,  
enfrentado a tu danza vital, lejanía insondable,  
movimiento de ave o potro enloquecido.

Deja que la miseria te empape con su olor a desgracia,  
que la vida y los colores de la vida te dejen ciego.  
Y así, sabiéndolo, has de morir tranquilo,  
sin deberle a la vida, ni a ningún Dios extraño,  
ni a espíritus modernos, ni a la carne, nada.

Sin deudas, alborozado por el movimiento de los astros,  
abrazado a cuanto amor se precie de moverse o volar,  
así: sin nerviosismos o cálculos perfectos,  
así, se muere y se vuelve a nacer, si es necesario,  
cada vez, todos los días, algunas noches, siempre.

## VI

No estamos, exactamente, en ningún sitio,  
somos esos arcángeles negros,  
que sólo aparecen para enfrentarse con la muerte.

Vivir, vivir en el deseo, sin hambre, sin sueño,  
invencibles en nuestro empeñamiento de vivir.  
Y así comenzamos cada día, ciegos amantes del sol,  
pero, también, enloquecidos amantes de la lluvia  
y nos dejamos llevar por el viento de los huracanes  
y nunca necesitamos volver a ningún sitio  
porque de ningún sitio somos o hemos partido.

La vida nos entra por los ojos, casi siempre  
y nos burlamos de todo lo que nos circunda,  
sin otra razón que estas crueles lágrimas,  
que no pensamos derramar ,  
que no pensamos ofrecer a ningún Dios,  
porque nosotros somos dioses en nuestra burla  
y ni siquiera ambicionamos morir  
porque de alguna manera ya hemos muerto.

## VII

Somos la noche quieta,  
la noche que no se ve ni en los sueños,  
la noche partida, despedazada, abierta.  
Cuando partimos, detrás de nosotros,  
las arenas movedizas se lo tragan todo.

Es para no vernos partir,  
que la noche se alumbra de dolor.

Viejos del mar, nos llaman  
y ninguno de nosotros ha conocido el mar.  
Nuestra penumbra es clara,  
el manantial que nos abraza es el suburbio del desierto,  
más adentro imposible, más perdidos que nosotros,  
más sumergidos en la nada de nada, imposible.

Llegamos a lo más profundo sin hacer movimientos,  
hacemos el amor,  
prolongando nuestras frases hasta el paroxismo.  
Nadie se resiste a nuestra manera de gozar,  
por eso quieren eliminarnos.

## VIII

Algo te odio aunque me quieras, no puedo remediarlo,  
son los años pasados, una ley propia de la vida,  
la tibia envidia de verte más allá, viviendo,  
la cárcel de pagar tu crecimiento, amar tus triunfos.

Todo ha de ser mejor así, tú vivo y yo muerto,  
pero antes de que todo acontezca, puedo soñar ,  
abrirme, sinceramente, a la venganza, al odio,  
al vértigo de sentirme inmortal antes que tú.

Después, también, así lo entiendo, vivo en tus hijos,  
nueva juventud desesperada y quieta, llena de bríos,  
ambiciosa certeza de que mi sangre, mi propia sangre,  
se abre silenciosa a los nuevos caminos de las horas.

Y así, en la inmensidad, tan vivo al igual que muerto,  
algo te odio aunque me quieras, sin poder remediarlo.

Espero que comprendas la extrema lujuria de mi canto,  
voy a morirme y mi enorme deseo, es quedarme a vivir ,  
entre tus juventudes, entre los nuevos cantos al aire,  
entre los nudos de no saber si habrá una muerte digna.

## IX

Te quiero aunque me ataques, joven amigo.  
Yo, también, como tú mismo, de pequeño,  
me tragaba todo lo que mi padre me decía,  
ni siquiera lo odiaba y, algo, lo respetaba,  
mas aún con esfuerzos nunca entendía nada.

Por eso te comprendo, joven amigo,  
cuántas veces, llorando, me desgranaba en versos,  
cuántas veces tratando de recordar lo no escuchado,  
me envilecía hasta caer rendido en cualquier sitio,  
sin saber nunca si eran brazos, manos ardientes o  
grises locuras, hirvientes alcoholes despiadados  
o el triste regazo de madres solitarias y sin hijos.  
Yo te quiero aunque tú no me quieras y  
no es, exactamente, por ti que lo consigo,  
es que la soledad del que no ama, es negra,  
es ardiente suplicio con eternos dolores,  
es trágica la espera de quien no tiene amores.  
Es por eso, por voluntad extrema de no morir  
encadenado a tristes artilugios de soledad,  
es que te amo, como las aguas a su cauce,  
como las, sencillas, estrellas a su cielo.  
Es necesario amarte aunque tú no me ames,  
para que el mundo crea y ame mi vejez.

**X**

Rencores tengo ajenos y los propios  
maldecires y llantos conviven en mí.  
Sin embargo en noches quiero amarte,  
de risa y de sosiegos cantar por ti.

Cantar esas canciones de alma pura,  
rondar ese silencio del bello amor .  
Hilos de luz enredar en tu cabello,  
pieles internas desatar con mi voz.

No me acuses de gozar en mis penas,  
que aunque me duela aún el corazón,  
saltar quiero, sí, hasta tus brazos.

No hieras con tus lágrimas mis ojos.  
Bebe de mí el dolor, como de amores,  
crucifica en mis penas, tu ambición.

## **XI**

Vino de tarde y me contó su vida,  
con todo lujo de detalles, íntimos.

Sin esperar siquiera que yo hablara,  
me contó sus amores.

Al rato bostecé y ella sin más me dijo:  
¿entonces no me amas?  
¿es mentira que has estado escuchándome?  
¿es tan brutal la vida?

Yo terminé el bostezo  
y le cogí la cara con mis manos.

Ella convulsionó sus ojos,  
tembló todo su cuerpo,  
abrió, sin compasión, sus labios.

Yo dejé caer mis manos al viento  
y el viento devoró nuestras miradas.

Sin mirada, sin brazos,  
caímos, sin esperanzas, de rodillas,  
uno encima del otro  
y comenzamos a llorar.

## XII

Cuando te miro,  
veo detrás de ti,  
me dijo ella sin pensarlo  
y cuanto más te miro  
veo más lejos.

Si te quedaras quieto para siempre,  
vería hasta el confín,  
vería al hombre nuevo,  
nacer en la distancia.

Moví mis ojos,  
de un lado para otro  
y en cada movimiento,  
ella desesperaba más y más.  
Salté sobre mis ojos,  
corrí por los suburbios de mi piel, para dejarla ciega.

Ella me dijo, tranquilamente,  
sin mirarme:  
cuando te toco,  
siento que el Universo se parte,  
para nacer a la distancia  
y sus palabras, sin más,  
sus sentimientos,  
aquietaban mi espíritu,  
paralizaban, sencillamente,  
mis movimientos,  
dejaban mi piel,  
abierta,  
extendida en sus ojos.

### **XIII**

Entretenido viento de los años pasados  
se queja en mí, bordando una ilusión.  
Quiere que volvamos juntos como antaño,  
a ser la izquierda fragorosa del amor.

Decir no se lo digo, mas lo siento:  
múltiples heridas hacen pensar mejor.  
La dicha fue brutal, vana la gloria,  
el amor se moría o quedaba maltrecho.

El viento, sin embargo, en su delirio,  
no ceja en sus intentos, de que juntos,  
volvamos a vivir altas, locas pasiones.

No quiero defraudarlo, mas le digo:  
Mi cuerpo cae y no hay ningún abismo,  
sólo esta fuerza escrita, esta quietud.

## **XIV**

Estábamos, supuestamente, enamorados y nadie lo sabía,  
era en un complejo pensar donde existía nuestro amor.  
No eran besos, no eran abrazos ni placenteros decires,  
eran ondas sonoras, luces vertiginosas lejos de la luz.

Y nadie lo sabía, porque el ruido de nuestros amoríos,  
sonaba bajo la tierra ascendiendo brutal y silencioso,  
para romper con alto y blanco estruendo en pleno cielo,  
era en el fondo del mar donde estallaba nuestro amor.

A veces, ni siquiera nosotros podíamos captarlo  
y nos pasábamos días buscando sus señales  
y nos examinábamos palmo a palmo sin encontrarlo.

Mas tanto tiempo siempre juntos, nos suponía enamorados.  
Mas tanta quietud, tanto silencio, fuerte, entre nosotros,  
hacía suponer, sencillamente, un amor eterno o infinito.

**AMOR PERDIDO  
MI HIJO PABLO**

I

A veces te molestaba mi vejez,  
mis pasos cansados, tangos tristes,  
mi manera de contemplar la vida.

Corrías apresuradamente de un lado para otro,  
pensando sólo en transformarte, en crecer,  
aceleradamente, para ser viejo como yo.

En ese viaje de crecer para alcanzarme,  
en una noche aciaga topaste con la muerte,  
envejeciste de golpe, más que yo, me pasaste.

II

Cuando empieza el poema deja la vida de latir,  
por eso es que te escribo, lentamente,  
para morir contigo en el poema,  
para abrazar, sin más, tu muerte desolada.

No es por un ansia de morir que escribo,  
deseo, sencillamente, estar contigo un rato,  
conversar, como cuando juntos caminábamos,  
sin apurar el paso, para cuidar mi tos.

Como cuando nos extendíamos sin prisas,  
sobre el tapete verde del billar de la sala  
o cuando nos mirábamos esperando el silencio.

Y esas tardes sublimes, del sol a pleno sol,  
cuando plantábamos flores misteriosas,  
sólo para verlas crecer en los colores de la vida.

III

Te nombro, pequeño niño, Pablo amado,  
para oírte vivir cuando te nombro.

Te nombro para que ya la muerte deje de ser,  
el centro de mi voz, la vida posible de mi canto.  
Te nombro para decirle al mundo, a tus novias amadas,  
a tus amigos que te llevaron de la mano hasta la muerte,  
que mi pequeño, hermoso Pablo, vive cuando lo nombro.

El hombre muere apenas si otro hombre lo nombra.

Por eso cuando te nombro en mis poemas,  
camino como antaño aliado tuyo, colgándome de tu brazo,  
dejándome llevar por tus caminos del amor perdido.

Y al escribir tu nombre en mis poemas, cada vez,  
me lo digo, Pablo amado, es como si vivieras,  
como si nadie hubiera podido... asesinarte,  
como si la fragancia de tu piel llegara en verso,  
sobre las letras de tu nombre en el papel escritas.

Y esa voz delicada, baja pero segura de llegar a destino,  
con la cual me leías tus escritos, esperando una sonrisa,  
palabras misteriosas que te unieran a mí, que permitieran,  
que tu nombre no se acabara nunca, que fuera más allá  
y esa voz surge en mí, cálida y viva, cuando te escribo.

Es por eso que no me dejo morir en el quebranto, sólo,  
para nombrarte, para que cada vez, valientes y contentos,  
hagamos, nuevamente, del amor, infinitos caminos del fuego,  
claras vertientes iluminadas, cataratas de risas en tus ojos.

El hombre muere apenas si otro hombre lo nombra.

## IV

"Los muertos no mueren  
vigilan y ayudan"  
David Herbert Lawrence

Ahora cuando todo parece desgraciado y falto de razón,  
ahora cuando no quedan, ni siquiera, aquellas ilusiones,  
ahora cuando ya nada de lo sentido sostiene mis ideas,  
ahora cuando digo: ésta es la vida que quiero para mí.

Y no sé de qué vida se trata, mas la quiero, sencilla,  
arrebatada, una vida envuelta en delirios de juventud,  
embebida en futuras, apasionadas ilusiones enamoradas,  
donde nada de todo lo pasado tenga espacio en mi vida.

Dejaré que paseen a mi lado, sin inmutarme, las brujas,  
los agitados y tercos demonios de la carne y el fuego,  
las corrompidas bestias acompañantes eternas del alma,  
buscando con tesón, perfecta carroña de la melancolía.

Y cuando ya sereno por haber secado con mi propio sol,  
todas mis fortificadas heridas y las eternas lágrimas,  
cuando ya no me quede para recordar ninguna tristeza,  
ningún muerto, entonces viviré como viven las águilas,

al viento, perpetuando los sonidos de su propio vuelo.

**AÚN, PUEDO DECIR  
AMOR**

**POEMA BODAS**  
**15 DE JULIO DE 1994- 15 DE JULIO DE 1969**

Después de veinticinco años, aún, te amo,  
en el borde mismo de un futuro imposible.  
Hemos sentido, juntos, el sublime delirio,  
de vivir siempre, en libertad, enamorados  
y fuimos atravesando, casi sin aliento,  
el corte brusco, inesperado, de la muerte.

Y, sin embargo, aquí estamos, una vez más,  
valientes y, al mismo tiempo, temerosos,  
con el ansia infinita o eterna de comenzar,  
a pesar del profundo dolor irremediable,  
una nueva, esperanzada, abierta vida.

Por eso, por haber vivido a tu lado,  
lleno de amor, en plena libertad,  
es que quisiera proponerte amada,  
en un enjambre de luz, deseo ardiente,  
arremeter contra el tiránico dolor,  
que quiere consumirnos y, como antaño,  
amar de los amores la cuantiosa belleza,  
sumergirnos, sin más, en nuestras carnes,  
insondables delicias de lejanos misterios  
y dejar que la vida venga a estar con nosotros  
y nuestros más amados desde lejanas soledades,  
infinitos vacíos negros en el espacio, amarán,  
tiernamente, con alegría, nuestros nuevos amores.

Ahora, también, y lo deseo, voy a cantarte,  
como se cantan los hechos fuertes de la vida.  
Como esos sencillos terremotos que, sin saber,  
contienen la inmensidad, el ruido de lo eterno.  
Como la brisa del otoño, casi sin darse cuenta,  
rompe el prelude de los arrebatos veraniegos.  
Como aquel tango que se bailó sólo una vez  
o la orquesta maravillosa que sólo fue silencio.

Hoy quiero cantar como se cantan los himnos en la guerra,  
por esas duras, sempiternas batallas que nunca sostuvimos.  
Por todos los amores que no fueron, por las vidas quebradas,  
por nuestra infinita, sana, soberbia de abrazarnos al fracaso,  
para poder seguir viviendo juntos,  
para poder seguir mirándonos, vivos, erguidos,  
altaneros por haber sobrevivido todo mal, por haber mirado,  
frente a frente los espectaculares cataclismos:  
un siglo envenenado, la muerte tirada, sin más, en nuestro lecho  
y nosotros, después de todo llanto, entre el dolor desesperado,  
decíamos palabras, caminábamos de un lado para otro,  
esperando, sabiendo de antemano

que nuestro gran amor vencería a la muerte.

Es por eso que hoy, quiero cantar con fuerza,  
con una voz de hierro, una canción,  
que llegue hasta los mismos confines de todo el universo,  
para que nunca más nadie pueda confundirse  
cuando se hable del amor.

Amor, el nuestro,  
que se levanta aunque ya nadie pueda soportarlo,  
sobre todo dolor, toda penuria, todo fracaso,  
que vuela como el aire,  
que se estremece como las grandes cumbres,  
como las altas cordilleras,  
cuando lloran por la caída, estrepitosa, del mundo  
y siguen en pie.

Mares, océanos delirantes salidos de su curso,  
arrasando ciudades y muchedumbres  
y luego, mansamente, como si nada hubiera pasado,  
vuelven a su curso y trasladan,  
de continente a continente, los lazos eternos del amor.

Hoy quiero cantarte  
con la fuerza titánica del odio, siempre, contenido,  
fuimos, somos aún,  
esos soldados increíbles que cuentan las historias,  
esos pequeños soldados de leyenda  
que han sobrevivido a toda guerra.  
Esos corazones ardientes que van por el mundo,  
recordándole al Hombre,  
que a pesar de todo dolor profundo, toda nieve,  
toda catástrofe total,  
el amor, nuestro infinito amor,  
sigue en su trono abierto al universo.

Que siempre hay una carne que no muere,  
que siempre hay una palabra que aunque nadie pronuncie,  
siempre está allí, resucitando los amores.

Siempre habrá con nosotros,  
una palabra fuerte que hará posible el canto,  
un canto poderoso que hará posible el amor,  
un amor lúcido, estremecido, el nuestro,  
que aunque no quede mundo para poder contarlo,  
nos hará vivir.

EDITORIAL GRUPO CERO

c/ Duque de Osuna, 4 local. 28015 Madrid, España. Teléfono 91 541 73 49

Carlos Pellegrini 833, 4º C, 1er. Cuerpo. 1009 Buenos Aires, Argentina.

Teléfono 4966 17 10/13

[www.editorialgrupocero.com](http://www.editorialgrupocero.com)